

# EL LENGUAJE DE LAS ROCAS

Os digo que, si ellos callasen, gritarían las piedras.  
Lucas, 19, 39-40

OSCAR OCAMPO

*oocampo@sumicol.com*

Colaboración especial para la Revista Dyna Nro. 140.

Y las piedras gritaron, con su voz silenciosa para nuestros oídos, sordos al diálogo con la naturaleza, ajenos a ese lenguaje profundo y primario del que somos apenas una pequeña coma, un signo de puntuación en el inmenso párrafo de los tiempos, un mero matiz en el tono que puede convertirse en el punto final de nuestra propia existencia, si persistimos en creernos los dueños de la pluma que escribe la historia de la Tierra en el libro de la eternidad.

La más insignificante de las rocas que nos encontramos en el camino tiene mucho que contarnos y enseñarnos con su voz lítica, tan distinta a nuestro lenguaje de sonidos, hecho de aire, que gracias a la razón que ha evolucionado con nosotros, hemos aprendido a hacerlo consciente, a manipularlo sólo para divertirnos con sus palabras, vueltas canciones o cuentos. Con su semántica química y su sintaxis oculta a la inmensa mayoría de los hombres, ese pequeño guijarro ha sido testigo de la evolución del Universo, desde el gran estallido que impulsó la energía y la materia al vacío de la nada, donde tanto ese guijarro como cada uno de nosotros ya estaba presente en sus elementos esenciales, hasta hoy, la proa de los tiempos que corta como fina cuchilla el velo que separa el pasado del futuro.

Esa pequeña roca podría contarnos de los cataclismos que ha sufrido la Tierra, este planeta minúsculo adonde vino a parar después de vagar entre el polvo de las estrellas. Nos podría contar de las gigantescas erupciones de los volcanes de la antigüedad, cuando apenas la piel de la Tierra se hacía sólida, para prepararnos esa alfombra sobre la que habríamos de asentar nuestros pies. Nos hablaría de esos enormes monstruos que arrojaron roca fundida y gases durante millones de años, sin descansar, para regalarnos la

atmósfera primigenia que con el tiempo evolucionaría hasta convertirse en esta maravillosa y frágil mezcla de gases que nos permite respirar y que creemos un derecho que nadie nos puede quitar, pero a la que hemos venido cambiando hasta que ella misma, con un simple hálito, nos sacuda con sus huracanes descontrolados, sus monzones cargados de lluvias, sus fríos glaciales o sus calores de infierno, y nos envíe de regreso al pasado, cuando apenas éramos una musaraña de los bosques.

Ese guijarro nos diría de la furia de los océanos de los primeros tiempos, cuando las aguas se separaron de la tierra y de los vapores. Nos contaría de sus olas gigantescas, agitadas por los vientos que barrían de polvo la costra de la Tierra, apenas recién formada. Nos diría de los trillones de toneladas de rocas convertidas en polvo que empezaron a rellenar el fondo de los mares oscuros, donde aún no se batían las aletas de los más pequeños seres con vida, los abuelos lejanos en el árbol genealógico de nuestra existencia.

Esa pequeña roca nos podría contar que en los cristales de sus entrañas se agita el recuerdo de las primeras moléculas orgánicas que flotaron en las aguas cálidas de los océanos. Nos diría que poco a poco esas moléculas se fueron haciendo más complejas y aprendieron a reproducirse a sí mismas para subsistir en ese mundo atroz de competencia por la energía del sol y los minerales. Nos hablaría de ese desespero inconsciente por hacer prevalecer ese particular diseño de enlaces que luego de cientos de millones de años ha producido la majestuosa cola de un pavo real, la sonrisa perfecta de un niño esquimal, el amarillo de un trigo maduro, el azul de los ojos de mi abuela, la elegancia de un

tiburón, la melena de un león, el volar imposible de un colibrí con un corazón más perfecto que cualquier motor hecho por el hombre, en fin, todo lo vivo que nos rodea.

Esas nos contaría la película de la formación del paisaje, nos diría de la invasión de las plantas, que fueron haciendo verde toda la faz de la Tierra y que con sus raíces descomponen la dura roca hasta volverla suelo fértil y frágil, que el agua y el viento han ido arrastrando en busca de las planicies y de los fondos de lagos y mares. Sin ese trabajo lento pero efectivo de las plantas, ninguna de nuestras tres cordilleras, gran parte de los Llanos Orientales y toda nuestra Costa Atlántica no existirían. Sin esa labor, los animales, entre ellos nosotros mismos, no tendríamos cómo alimentarnos y no sólo moriríamos, sino que no existiríamos, porque somos incapaces de producir nuestro alimento, somos unos depredadores que dependemos de las plantas para vivir.

Esas rocas silenciosas nos podrían contar todo lo que han tenido que soportar durante millones de años para regalarnos el carbón que calienta los hogares, que hace funcionar los hornos de las industrias de donde sale el acero que nos hiere en el cuchillo o nos cura en el quirófano; para darnos el oro que hace lucir lo que hemos considerado lo más bello y sagrado, pero sacado a la tierra entre sangre y dolor, entre miseria y muerte. Esas piedras nos dirían lo que han soportado para ofrecernos el yeso que enlucen nuestras paredes, que unido a la caliza nos da el cemento que da forma a nuestras casas o que nos sostiene la mano cuando se ha fracturado.

Esas piedras que están por ahí, en todas partes, más viejas que todos nuestros recuerdos como Homo Sapiens, tanto atávicos como históricos, nos dirían que sin ellas no tendríamos el hierro de las espadas con el que hemos moldeado a sablazos la sociedad actual, ni la pólvora con la que hemos destruido al vecino o abierto túneles para acercarnos a él. Nos dirían que sin ellas no tendríamos la energía para mover los carros, los trenes, los barcos y los aviones que nos llevan de un lugar a otro, ni las naves espaciales con las que pretendemos regresar al sitio de partida, en algún lugar de la nada, entre las estrellas.

Hasta hace apenas algunos siglos, las civilizaciones mesopotámicas, la egipcia, la

chira, más otras de las que no sabemos con certeza su aporte al bagaje de la cultura humana, y luego los griegos, se dieron cuenta de que las piedras, aunque mudas, tenían un lenguaje que era importante descifrar para entender muchas cosas de la naturaleza. Aristóteles, uno de los hombres más influyentes en la cultura humana, se sentó a dialogar con las piedras y creyó entender la razón de los terremotos, de las gemas y de los fósiles. Con su autoridad indiscutible en el mundo griego, que se extendió luego a toda la civilización occidental por varios siglos, Aristóteles explicaba a sus discípulos, cuando observaban un pez fósil, que muchos peces viven inmóviles en la tierra y se encuentran cuando se excava. Para nosotros, más de dos mil años después, esta explicación nos parece absurda y graciosa, pero para llegar a entender lo que un fósil nos quiere decir, han tenido que pasar muchos siglos y cientos de equivocaciones que se han tenido como ciertas, casi dogmas.

El lenguaje de las rocas, y de la naturaleza en general, es mucho más complejo que nuestro balbucear como humanos. Es como tratar de hablar con un ser venido de otro planeta que tiene un ritmo de voz que apenas produce una palabra cada millón de años, cada letra dicha a espacios regulares durante todo ese tiempo, mientras nosotros lo hacemos cada segundo. Supongamos que tenemos una cita con él aquí y ahora y pretendemos hablarle, sería aparentemente imposible. Sólo hasta finales del siglo XVII, se dieron los primeros pasos para descifrar la gramática del lenguaje de las rocas, la geología moderna, haciendo a un lado, rumbo a la cesta de la basura de la ciencia, las teorías de Aristóteles.

Desde esa fecha, y poco a poco, alcahueteado por los avances científicos en todas las áreas, que han jalonado los avances de la técnica, el hombre ha empezado a entender el lenguaje de las piedras, a leer la historia de la Tierra, y su propia historia, en las más insignificantes rocas que habitan todos los lugares del planeta, desde la cúspide del Everest hasta la sima de las Marianas, en el fondo del mar. Y, por ende, también ha aprendido a predecir el futuro del planeta al descubrir que las mismas fuerzas naturales que han operado en el pasado operan hoy y lo harán en el futuro.

Gracias a esa búsqueda por descubrir el mensaje de las rocas, algunas nos pueden contar

su historia de grandes transformaciones, desde que eran un amasijo de restos de millones de animales y plantas marinas, que al morir, dejaron en el fondo de los mares su esqueleto calcáreo, minúsculas conchas y secreciones de calcio que alcanzaron hasta cientos de metros de espesor y que de tanto soportar su colosal peso, fueron perdiendo agua y se calentaron lentamente hasta transformarse, eliminando los poros y uniendo sus pequeñas debilidades hasta convertirse en una roca dura y poderosa, capaz de formar montañas, cuando las fuerzas de la Tierra las levantaron del fondo del mar y las convirtieron en cordilleras. Ese movimiento generó tanta presión, que montañas enteras se retorcieron como si fueran de goma y los pequeños esqueletos de animales se deformaron hasta convertirse en una roca de duro mármol, capaz de darnos la materia prima para el cemento o las más bellas esculturas del mundo, o las lápidas de las tumbas, donde tallamos lo único que finalmente nos acompaña en la muerte: el nombre y un par de fechas, si somos de aquellos que hemos tenido la suerte de morir a la luz, con nuestro nombre asociado al cadáver, y no a la sombra de alguna selva o en la oscuridad de una celda clandestina.

Pero la naturaleza es sabia y ajena a nuestros ilusos anhelos de inmortalidad, porque el lenguaje de las rocas nos dice que ni esa lápida, de dura piedra de mármol, sobrevivirá al eterno fluir de las cosas, porque el aire, con su suave pero efectivo beso de viento, irá borrando las marcas con nuestro nombre, mientras el ácido del agua lluvia irá puliendo la loza, que se irá diluyendo en los arroyos que saldrán por las alcantarillas del cementerio, como carcomidas por un comején de lento digerir. Y qué decir de esos restos de calcio y fósforo y otros minerales en los que se ha convertido nuestro cuerpo: se irán reciclando con el suelo del cementerio, se convertirán en tejidos de otros animales que morirán para darle alimento a las plantas, que a su vez morirán y nuestro ser físico se repartirá por todo el mundo, en una verdadera resurrección y transformación.

Y qué decir del cementerio, de la ciudad, del país, del continente mismo. Dentro de cincuenta

millones de años, apenas un instante en la cadena del tiempo, no habrá una sola montaña en pie de las que vemos hoy, que se habrán vuelto polvo que fue a dar al mar para luego levantarse otra vez, transformadas. La gran cordillera de los Himalayas será fondo del mar, como alguna vez ya lo fue, y el Delta del Nilo será cordillera; el Cañón del Colorado será otra vez planicie, como al principio, y en la Antártida crecerán de nuevo plantas del trópico y volarán por los cielos las aves imposibles que supieron adaptarse a los cambios de la faz de la Tierra.

Y qué decir de las obras humanas, de nuestra soberbia de constructores de edificios, de torres de babel, de murallas para alejar a los mongoles, de pirámides para albergar los faraones u orientar a los padres de los cielos en sus aterrizajes, de autopistas veloces, de grandes puentes y enormes represas, de centrales nucleares. No quedará nada, todo se habrá reciclado en la gran máquina de la naturaleza y cada uno de nosotros lo seremos todo: planta o animal, río o montaña, viento o agua, lo mismo que hoy somos, una conjunción de todo lo que ha pasado en la historia de la Tierra y del Universo mismo.

Nada perdurará, ni los más hermosos cuadros pintados por Leonardo o Miguel Ángel ni las más bellas melodías arrancadas a los pianos y tiples por Mozart y José A. Morales. No se sabrá nada de los más sublimes versos de Porfirio Barba Jacob ni de los párrafos perfectos de Jorge Luis Borges ni de los sagrados de San Agustín. No quedarán libros incunables de donde restituir nuestra civilización, ni discos compactos donde oír las estridencias de los Rolling Stones o las sutilezas de Luis A. Calvo. Sólo quedarán las rocas, como siempre, con su vocecita pausada y lenta, silenciosa, con toda la historia escrita en sus cristales minerales, en su composición química, en su textura, en su forma, a la espera de que otro ser, como nosotros, nacido aquí o venido desde el espacio lejano, le dé por sentarse sobre una piedra a pensar cómo descifrar ese lenguaje. Será la única oportunidad que tendremos de que ese lejano ser en el futuro tenga conciencia de nosotros, los que ya no habremos de existir.